



LA POLITICA, DE CENA A COCTEL

Las supresiones de gasto
llegan al mundo de los rumores.

De seguir la cosa así,
las próximas reuniones se harán
a base de bocadillo de calamares.

EN gastar gasolina y en poner la calefacción a veintidós grados quizá no nos estemos apretando el cinturón y nos estemos pasando, periquito, pero en hacer política sí que estamos siguiendo una tónica restrictiva. Aquí se hace política, pero apretándose el cinturón. Y si antes para practicar la elegancia social de difundir un rumor se gastaba una millonada en cenas políticas, los presupuestos para este importante capítulo de la vida nacional se han reducido notablemente, gracias a la invención del cóctel o la reunión de amiguetes con motivo de algo.

Si Antonio Gavilanes y Mayte patentaron la cena política, no sé quién se podrá responsabilizar como padre de esta criatura del cóctel. Hartos de esperar sentados el futuro y el cambio con una vichisú por delante, los españoles políticos se han levantado, y se dedican ahora a dar vueltas por salones enmoquetados y concurridísimos, con el vaso de güisqui en la mano. Andando de un lado para otro, saludando a un ex y sonriendo a un «able», parece que el futuro está más cerca. Las cenas tenían el peligro de las malas digestiones, que son peores consejeras para el caso de un apresurado y obligado cambio de chaqueta; los cócteles, en

cambio, tienen el riesgo profesional de la resaca a la mañana siguiente. Pero la política no da para más de tres güisquis por cabeza en un cóctel, y a nadie le alegra las pajarillas el segoviano, reserva diez años.

A mí me gustaría ser importante, como Auger o González Seara, como Alfonso Palomares o como Ignacio Camuñas, para organizar un cóctel político y para que al día siguiente los rumorólogos, después de haber leído a Machado en las páginas amarillas de la guía de teléfonos, dijeran en los periódicos de Barcelona que en mi cóctel una de las dos Españas helaba el corazón del güisqui en el fondo de los vasos, lo que no me negarán que quedaba bonito y como muy reconciliador, ahora que está de moda hablar de los mutilados del Ejército de la República. A mí me gustaría organizar un cóctel. Pero para eso hay que llamarse de otra forma. Porque una vez quise organizar uno y me lo prohibieron.

Nada, los de a pie tendremos que celebrar las reuniones políticas con más restricciones todavía, a base de bocadillos de calamares. Con el futuro dentro. Siempre con el futuro, la democracia, el cambio, la biblia en pasta y el Orfeón Donostiarra dentro. ■ BURGOS.



VISITA
A UNA EXPOSICION
DE
ANTIGÜEDADES



Asociaciones sin ideología del siglo XII,
fuentes de doctrina del barroco,
esencias inmutables,
un nefasto siglo XIX del siglo III A. D. C.,
trampas saduceas para dinosaurios,
entre otras piezas únicas en el mundo.

HE ido a visitar una exposición de antigüedades, no digamos que con el espíritu juvenil de mis mejores días, porque no quería llamar la atención, pero sí con la curiosidad antiluviana de un español contemporáneo. Lo primero que vi fue una asociación política sin ideología, que se la habían sacado por las narices mediante una técnica secreta, como hacían los antiguos egipcios con el cerebro de los muertos, hasta dejarlos momia. Aunque del siglo XII, tenía incrustada en la base un estatuto jurídico del siglo XIV por lo menos. La figura es de una deliciosa ingenuidad, como recién salida de la mano inconcebiblemente sutil del remoto artifice. Más allá, en una vitrina, exponíase una Contrarreforma Fiscal de los Austrias, recamada de impuestos indirectos y gabelas innumerables. El virtuosismo del ignoto artesano inspira todavía hoy a los fabricantes del ramo, que se superan cada vez más. En una salita estilo Imperio, sobre una trascendencia octogonal recubierta de un paño púrpura, había una esencia inmutable, de las de índole fundamental, y allí, mirándola me pasé las horas muertas. Transcurrí luego a un patio, o patinillo, o patinazo, en forma de plancha, en cuyo centro de moderación pude admirar una fuente de doctrina cuyos caños rococó, en vez de manar, sumían aceite de Redondela, ya envasado, exportado y vendido. El conjunto era mucho más magnífico que un rector de Uni-

versidad. En la estancia siguiente, nada más entrar, descubrí una trampa saducea para dinosaurios, en la que los diestros organizadores de la exposición habían colocado de cebo un rojo vivo, para mayor angustia del visitante, que prácticamente veía abalanzarse a los dinosaurios sobre la hedionda pizana. Rodeé precavidamente la trampa saducea, escupiendo de paso sobre el rojo, que estaba sujeto por un nefasto siglo XIX del siglo III antes de Cristo, y di con una zona verde de la Castellana, pieza única descubierta en el fondo de un glaciar, con el estadio Bernabéu encima. Aquella zona verde tenía una antigüedad, según los expertos, de cinco mil millones de años. Quizá el plato fuerte de la exposición fuese el de dos fósiles vivos, que nadaban en un acuario de los de tipo peninsular. El «ultra voracis mesetario» y el «progre dialecticus utilis», ambas especies desaparecidas en el carbonífero, aunque por fortuna hayan sobrevivido estos dos ejemplares. Los dos representan un momento retrasadísimo de la evolución cósmica, por lo menos según Darwin. De repente descubrí algo que me indiano: ¡Un partido político del siglo XXI! «Pero, ¿qué estafa es ésta? —grité a los anticuarios—. ¡Esto es demasiado antiguo aun para un museo de antigüedades!». Me dieron la razón. Dos conserjes retiraron el partido político, que se hizo polvo entre sus dedos en cuanto lo tocaron. ■ LICANTROPO.

